

sento, a una niña que acaban de traer; está perseguida por uno de esos beduinos, que ha tratado de robarla; consoladla, porque viene muy afligida; venid a convencerla.

Salió por delante la abadesa, seguida de Carolina.

Luego que las dos jóvenes se vieron, se oyó un grito de sorpresa y de alegría.

—¡Carolina!

—¡Hermana mía!

Se arrojaron llorando en un abrazo estrecho y fraternal.

—¿Qué es esto?—dijo la abadesa.

—¡Somos gemelas!—gritó Eva.

—¡Gemelas!—repitió la abadesa.

—Sí—dijo Carolina—, y viviremos aquí juntas con nuestra madre.

—Cosa más rara—murmuró la monja, y se santiguó.

Las jóvenes quedaron instaladas y la abadesa se despidió dándoles un beso en la frente, que ellas recibieron de rodillas.

X

Ya iba a meterse en la cama la abadesa, cuando se oyó el toque de la campana.

—¡Dios mío!—exclamó—Esta es una noche horrible. ¡Si me traerán otra gemela!...

La Madre Portera entró en la celda.

—Madre abadesa, el señor jefe de los Cocheros del Viático desea hablar urgentemente con V. R.

—¿Se habrá puesto mala alguna mula? Para eso no vendría a estas horas.

¿Qué será, Madre Portera?

—Acaso los «pintos» se hayan robado la estufa del Santísimo Sacramento.

—Callad; y ¿para qué les serviría?

—Para hacer leña y calentarse.

—Puede ser que tengáis razón; abridle al santo cochero.

Volvió a bajar la abadesa al locutorio.

—¿Hay novedad en las mulas?—dijo la monja.

—No, reverenda Madre; en mi casa es donde la hay.

—Explicaos.

—Pues uno de esos iscaríotes se quiere robar a mi hija Rosa; le he sorprendido una carta con la firma de Armando.

—¡Pero es buena!—dijo la abadesa—Estos demonios están desatados. ¿Qué quieren?... Ya sé lo que quieren... ¡Muchachas! Pero esto es espantoso, es una persecución desesperada; mañana penetran en los conventos, y son muy capaces, y hasta nosotras peligramos; ya es necesario cuidarse y cuidarse mucho; ya no está uno seguro ni aquí.

¿Y serán muy atrevidos?

—Son el diablo, Madre abadesa.

—¿Y dónde está Rosa?

—Aquí la traigo.

—Pues adentro con ella, y Dios dirá.

—Gracias, reverenda Madre; tened cuidado; porque esos herejes son capaces de todo.

—De todo, de todo—decía la abadesa.

Me llueven niñas esta noche, es un oleaje de doncellas, necesito mucha vigilancia; como descubran el nido, caen aquí como leopardos.

Vaya, pues, señor cochero del Viático, yo cuidaré a vuestra hija.

—Buenas noches, reverenda Madre.

—Es mucho cuidado para este hombre, las mulas, su esposa y la hija.

Después tomó una vela, y dijo a la Madre Portera:

—Ahora a dormir; si vuelven a tocar, que toquen, no abráis a nadie; se van a escurrir aquí todas las vírgenes de la población; andando, y el Señor sea con todos.

El convento se hundió en un profundo silencio.

Una sombra vagaba en derredor, como queriendo ver al través de los muros feudales; era Marió que se despedía de Carolina y le dejaba un adiós entre las sombras de la noche.

CAPITULO VIII

SOBRE LA MARCHA

I

El general Comonfort, a pesar de su política moderada, temblaba ante la idea de una defección.

Sabía que la tropa santanista le era adversa a pesar de sus protestas y temía que a la hora del combate viniese una catástrofe.

El general Degollado, el hombre que ya comenzaba a ser el alma de la revolución liberal, había sorprendido en Guadalupe una conspiración religiosa, acaudillada por los frailes.

Es cierto que fracasaban estas intenciones, pero el estado de reacción era marcadísimo.

El país entero se oponía a la evolución progresista y el riesgo era inminente.

Era necesario jugar el todo por el todo.

Pero aquella política de contemplación no era la a propósito para la lucha.

Comonfort no estaba contento con los avances a que se había arrojado la revolución, se espantaba de su obra, quería detenerse, pero la corriente lo arrastraba.

Sus ministros eran tímidos, no había un espíritu valeroso que los impulsara, y puestos en una barca, con temor, se entregaban al impulso del viento y de las olas.

La política febricitante era dueña del terreno, los conservadores fijaban sus esperanzas en Puebla y trataban de corromper con oro la fidelidad de las tropas.

El clero seguía hidrófobo, predicando y alentando a la rebelión.

Había una lucha sorda y encarnizada.

La pérdida de la reacción en Puebla, sería un golpe de muerte para el clero.

Se husmeaba el peligro y ni en manos de Comonfort estaba el conjurarlo.

Era una época que se imponía con toda la fuerza de la historia.

II

Para neutralizar todo movimiento traicionero del ejército, Comonfort levantó de un golpe diez y seis mil hombres de Guardia Nacional, organizados en batallones, equipados y armados a todo lujo.

En la capital se alistaron todos los miembros de los clubs, siendo los principales los del «Aguila Roja» y la «Reforma», y guarnecieron la capital.

Aquel inmenso ejército se puso en marcha y la reacción supo en Puebla que la iban a combatir.

III

Reunidos los principales caudillos en el arzobispado, presididos por el obispo Labastida, tuvieron una gran sesión.

—Señor general Haro—dijo Labastida—, ¿tiene usted un buen núcleo de ejército para defender la plaza, mientras cunde la chispa en los Estados de la República?

—Es verdad, Monseñor, pero pronto nos veremos atacados por fuerzas muy superiores—dijo el general Haro.

—En número—contestó Labastida—; no en disciplina.

Su Guardia Nacional es de reclutas, mientras que los nuestros todos son aguerridos.

—Es cierto, Monseñor, pero la simple defensa no es de éxito; al fin, plaza sitiada, plaza tomada.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Todos guardaron silencio.

—Yo sería de opinión—dijo el general Castillo—de librar una batalla a campo raso, donde nuestras ventajas serían decisivas.

—Treinta mil hombres en campo raso, aún con el empuje serían capaces de exterminarnos—dijo Labastida.

—Perdonad, Monseñor. S. S. I. no sabe lo que es el pánico en las multitudes.

—Es que tienen la seguridad del triunfo.

—Precisamente es el momento de introducir la desmoralización.

Crean que nos encerramos en Puebla y de improviso nos presentamos a su encuentro y les libramos desde luego una batalla.

—Tiene eso graves peligros—dijo Labastida, moviendo la cabeza.

—Opino, con el señor Castillo—dijo Haro—; en el sitio estamos perdidos, no tenemos ejército auxiliar y pronto nos encontraremos más encerrados en la impotencia que tras de nuestras trincheras.

—Además—dijo Castillo—, tenemos jefes decididos e inteligentes, Osollo, Miramón, Aljovín y otra multitud que saben arrostrar el peligro.

La «Legión de Honor», compuesta de oficiales valientes, abrirá el combate, y a su ejemplo, los soldados cumplirán con su deber.

—Nada de soldado sé yo—dijo Labastida—, pero es, a mi entender, la empresa muy arriesgada.

—S. I.—dijo Haro—, entre caer en la plaza como una manada de carneros y jugar la suerte en una batalla, no puede haber disyuntiva.

—Salvo mi responsabilidad—dijo Labastida—, yo arrojo sobre ustedes todo lo que puede acontecer.

—Por mi parte—dijo Haro y Tamariz—, todo está aceptado, Monseñor.

—¿Quién dirigirá la batalla?—preguntó Labastida.

—Los dos—respondió Castillo—estamos a las órdenes de S. S. I.

—Pues usted—contestó Labastida—; el señor Haro y Tamariz estará al lado de usted.

—Acepto—interrumpió Haro—; iremos juntos al combate.

—Si triunfamos—dijo Labastida—, México nos abre sus puertas, no habrá a quien combatir; si perdemos, entonces... Dios dirá...

—Pues voy a dar mis órdenes, porque el enemigo debe llegar mañana a Ocotlán; nos poseionaremos de este punto, que será nuestra base de operaciones.

—Sois todo un soldado, señor general; ya ha escogido usted su campo.

—Es un lugar estratégico—dijo Haro—; nuestra artillería es buena y allí haremos que el enemigo nos ataque y lo desconcertaremos.

—Todo está prevenido, Monseñor.

—Pues buen éxito; yo estaré cerca del campo; es necesario no abandonar el Cerro de San Juan, centro de una retirada.

—Perfectamente, Monseñor.

IV

Los generales salieron y Labastida se quedó pensando que aquellos hombres no le servían.

—Necesito a la juventud, como el primer elemento—murmuró el obispo.

Del otro lado se agolpa la nueva generación, aquí tengo a estos dos viejos con la táctica antigua y llenos de ambiciones; más piensan en el porvenir que en el presente.

Estaban buenos para el virreinato, no para las campañas del día.

Después reflexionando, dijo:

—¡Osollo, Miramón!

Aquel hombre no se equivocaba.

El elemento viejo estaba destruido, se necesitaba lo nuevo, lo que florece, lo que alienta, lo que está fuera de la atmósfera envenenada, de aquellos motines sin porvenir.

—La revolución me asusta—continuó Labastida—; es un impulso, si se quiere, salvaje; pero de las sombras ha surgido el relámpago de la idea.

El Constituyente es una tempestad para la Iglesia... Los ha asustado la ley de religión y fueros, y no ven que de aquella nube va a surgir el rayo que nos aniquile.

¡La Iglesia está naufragando!... ¡La tolerancia de cultos rompe nuestro poder de tres siglos, nos vuelve secta, nos empequeñece, concluye con nosotros!

¡Después, el despojo de nuestros bienes, la caja de nuestro tesoro, el elemento de nuestro poder y de nuestra grandezal

¡Después, el matrimonio civil que deja desarmada a la Iglesia, que pierde su dominio!... ¡La ley sobre nuestra cabeza, cuando la hemos tenido a nuestros pies!

¡Horrible!... ¡Horrible!... ¡En pedazos nuestra autoridad, todo quebrantado y en el desprestigio!... No quedará de nosotros ni sombra ni memoria.

Levantóse y comenzó a pasearse, sumamente agitado.

—Hemos hecho mal en no sostener a Comonfort... ¡Este hombre tan valiente en las batallas y tan tímido en la política, hubiera detenido el movimiento de ideas que nos amenaza!... No creo en estos soldados... El ejército antiguo, con sus hombres de antaño... Haro y Tamariz, jesuita, ambicioso, acabaría por saquearnos y hasta por traicionarnos... Castillo acaba de pasarse con nosotros, después de jurar fidelidad a los liberales; no podemos fiar en su palabra...

Si se pierde la batalla, es necesario, para comenzar, desprenderse de todos estos elementos.

¿Y si ganamos?... ¡No, es imposible, estamos en el primer día de triunfo y es una insensatez oponerse al torrente!

Se levantó, y cuidadosamente estuvo haciendo legajos de sus papeles de importancia.

Después tomó una carta con el sello de Francia, la leyó de-

tenidamente y la puso sobre la llama de la vela, hasta que se hizo cenizas

Quedó un momento absorto, y después murmuró:

—¡Más tarde!

V

El ejército había establecido su cuartel general en San Martín Texmelucan y la vanguardia estaba sobre el camino de Puebla

Una brigada había hecho alto en Río Prieto, a corta distancia de las posiciones que intentaba tomar el general Castillo para librar el combate a las fuerzas de Comonfort.

Había gran entusiasmo en el ejército liberal.

—Mañana nos batimos el cobre—decía Manuel a sus compañeros—. En la tarde saludamos a Puebla con nuestros cáñones.

—Veremos—decía Mario—si esa «legión de honor», lo sabe tener.

—Son unos infelices oficiales sueltos, que los engancha la miseria; al frente de sus compañías, podrían hacer algo, pero batirse como soldados rasos es muy difícil.

—Además—dijo Manuel—los frailes los han llenado de cruces y escapularios y les han engendrado un temor, que están tembiando; sólo el nombre del presupuesto, es lo que hace latir sus corazones.

—Pero, hombre, de algo han de servir los santos.

—Sí, de ayudar a bien morir.

—Un soldado no debe pensar en la muerte; que venga esa señora a la hora que guste; todo da lo mismo.

—Dicen que el obispo Labastida va a mandar la batalla.

—¡Bravísimo!—gritaron los oficiales.

—Vendrá con cirio en mano, o con el hisopo, y nos regará con agua bendita.

—¡Demonio!—dijo Manuel—Es necesario prepararnos: esta tarde pasa revista al ejército el general Comonfort.

—Ya estamos listos—dijo Mario—. El general va a quedar satisfecho. ¡Caracoles! Veinte mil hombres, cuando menos.

—Somos invencibles—agregó Manuel.

—La lucha será desesperada.

—Así lo aguardo; lo que siento es que no estamos muy instruídos ni disciplinados.

—Pero echando a perder se aprende.

En aquellos momentos las trompetas anunciaron la llegada del Presidente.

Los cuerpos desfilaron y tomaron plaza a lo largo del camino, formando una inmensa línea.

El general Comonfort, entre un gran número de su Estado Mayor, recorrió la línea al son de las músicas y de los gritos de entusiasmo.

En la noche avanzó el ejército y tomó posiciones. El general había tenido noticia de que salían a su encuentro y se preparaba. Comprendió la idea del enemigo y dió sus disposiciones, que fueron muy acertadas.

VI

Al amanecer del 8 de marzo, todo estaba dispuesto. Formando un ancho portillo en el camino de México a Puebla, hay dos eminencias, una pequeña y otra alta. La primera se llama Vuelta de Montero, y la otra, el Cerro de Ocotlán, donde hay un santuario.

La división Parrodi se situó a la derecha, en Río Prieto y Vuelta de Montero.

La izquierda se cubrió con la división Zuloaga, ocupando los llanos de San Isidro, y en el centro la brigada Doblado.

La división Moreno y brigada Gilardi se colocaron en la hacienda de Santa Inés y la caballería en el pueblo de San Miguel Xotla, donde se estableció el Cuartel General.

Todo estaba listo para recibir al enemigo, que creía iba a dar una sorpresa.

El ejército reaccionario salió de Puebla al amanecer.

Componíase de cinco mil hombres, disciplinados y perfectamente equipados.

A las ocho menos cuarto comenzó la batalla.

Abrióse el fuego de artillería en toda la línea.

El ejército de la reacción formó tres columnas y avanzó decidido sobre las posiciones de Comonfort.

La columna del centro, desafiando el fuego de los cañones, avanzaba y avanzaba trepando el cerro, hasta llegar a la cumbre, donde, después de un reñido combate, quedó dueña de la posición.

Durante el trayecto que tuvo que recorrer, para impedir su avance, llegó el batallón de rifleros, rompiendo el fuego de fusilería.

Entonces una media batería de obuses, mandada por el hoy general Manuel Inclán, hizo sus descargas terribles, dispersando a los rifleros, que se rehicieron fuera de tiro y fueron a sostener la posición de la derecha, sobre la cual avanzaban las columnas reaccionarias.

Doce piezas vomitaron fuego sobre los asaltantes y los destrozaron, poniendo en fuga a la tropa reaccionaria y dejando a sus heridos y muchos prisioneros.

La columna de la izquierda retrocedió; había tenido en jaque al enemigo, mientras los suyos tomaban Ocotlán.

La victoria en el centro, había sido tan costosa como la derrota de la izquierda; así es que el ejército reaccionario se encontró sin poder verificar un movimiento de avance.

Los clarines tocaron parlamento.

El general Comonfort esperó al general Haro y Tamariz, bajo de un árbol, y allí celebró una conferencia.

Luego que Haro vió al general Comonfort, se arrojó en sus brazos llorando.

—¡Nosotros—dijo sollozando—, amigos de la niñez, hermanos en la juventud, hijos de la misma tierra, destrozándonos como enemigos encarnizados!

—Es verdad—contestó Comonfort—, pero tú lo has querido.

—No, compromisos ineludibles han subyugado mi voluntad.

—Mira esa sangre—dijo Comonfort—: ha corrido y seguirá corriendo por tus obstinaciones; tú tienes un gran talento, pero no estás en la época.

—Mis sentimientos religiosos, mis creencias, la obra de mis padres destruída en un momento, llegó a velar mi cerebro y me he lanzado a la lucha.

—Sí, pero a una lucha imposible; cuando el país te pida cuenta de esa sangre, ¿qué le responderás?

—Que soy un miserable, que el ser humano se equivoca, que la debilidad y el error son el fatalismo de los hombres.

—Pues bien, ¿qué quieres, qué pides para esos hombres?

—Voy a consultarles; estoy seguro de que sólo solicitarán el perdón de la vida y el no ser perseguidos.

—Si éstas son sus únicas pretensiones, están consentidas.

—¡Gracias, gracias!—exclamó Haro—Tu corazón es grande y generoso; yo voy a hablar en tu nombre, y a llevarles el perdón.

Desde luego, voy a que dejen la posición de Ocotlán: la muerte del general Avalos me tiene desconcertado.

—Sí—dijo Comonfort—; era un valiente.

—Tengo que lamentar en mis filas la pérdida de Aljovín, el jefe más denodado del ejército.

—Te espero dentro de dos horas; voy a levantar el campo—dijo Comonfort.

—Adiós—dijo Haro—y hasta dentro de dos horas.

Es negocio terminado, pensó Comonfort.

Durante la batalla, un hombre montado en un hermoso caballo prieto, había seguido con inquietud los lances del combate, pero cuando abarcó todo el conjunto, comprendió que el ejército reaccionario estaba perdido.

Corrió sus espuelas por los ijares de su caballo, y a toda carrera se dirigió a Puebla a dar parte a Labastida de la catástrofe.

Aquel hombre era el padre Miranda.

«No es posible describir la escena—dice un historiador—; una de las más interesantes que se han visto en las guerras civiles de la República.

Era mediodía: al fragor de la batalla había sucedido un silencio general; los combatientes estaban firmes en sus puestos, mecha en mano la artillería, lanza en ristre los jinetes,

preparado el fusil los infantes, como si aquello no fuese más que un breve descanso para volver de nuevo a la pelea.

Discurrían por el campo caballos sin jinetes, que ya huían espantados de los despojos y de los muertos, ya los hollaban en su precipitada carrera; oíanse los lamentos de los heridos, que se levantaban y volvían a caer desmayados y echábanse de ver las últimas convulsiones de los moribundos; platicaban unos con otros los enemigos de las primeras filas, y abrazábanse como hermanos, muchos de los que mutuamente acababan de destrozarse.»

VII

Manuel, que estaba al frente de una compañía de rifleros, al ver la dispersión, le gritó a Mario:

— ¡Contén a la tropa!... ¡Alto!...

Mario fué reuniendo a los soldados, y contando con la oficialidad, pudo reunirse el batallón.

Manuel, que llevaba la bandera en su compañía, se quedó firme sobre el campo.

En la hora del ataque, un coronel reaccionario se avanzó sobre el abanderado, queriendo arrancarle el estandarte.

Ya iba a traspasar al oficial, cuando Manuel con su espada desvió la del coronel y no queriendo matarlo, se arrojó sobre él, y con sus brazos hercúleos lo estrechó casi hasta sofocarlo.

Acudió un grupo de soldados tratando de matarlo; pero Manuel gritó:

— ¡Atrás! Es mi prisionero.

Los soldados se detuvieron.

Luego que terminó el combate, con la derrota del enemigo, Manuel llamó al coronel y le dijo:

— Coronel Altúnez, ya nos conocemos, pero no es la hora de liquidarnos; tenga usted mi sombrero y mi capote; pasará usted por un oficial de rifleros; allí tiene mi asistente un caballo; monte usted, y escápese, porque si lo descubren, pierde usted la vida.

El coronel se puso el sombrero, dándole a Manuel su kepi; se cubrió con el capote, montó a caballo, y sin darle las gracias a su salvador, ni aun saludarle, echó a correr a su campamento.

— Ese hombre—dijo Manuel—es una fiera; el día que caiga en sus manos me aniquila.

No obstante, en estos momentos soy soldado y no asesino.

Si estaba aquí «Juan Gallinazo» le cortaba la cabeza.

Mejor está así.

Habían pasado las dos horas de armisticio.

Las tropas derrotadas se movían con rapidez sobre el camino; pero sólo se veía una estela de polvo.

Comonfort mandó recordarle a Haro que la hora había pasado.

El ayudante volvió a la media hora, porque lo habían estado entreteniendo con evasivas.

Cuando Comonfort comprendió que la entrevista había sido para engañarlo, que Haro le había hecho una farsa, mientras sus tropas se retiraban y se ponían en salvo, se encendió de cólera y ordenó desde luego la persecución.

Los reaccionarios caminaban a paso veloz, ascendieron el cerro de San Juan, abandonando el puente de México, y allí se dispusieron a la defensa.

Parte del ejército acampó frente al cerro y otra tomó cuarteles en Cholula.

VIII

Manuel fué ascendido sobre el campo; había salvado la bandera del regimiento.

Los rifleros estaban en Cholula.

— Estoy contrariado—decía Manuel—; esta dispersión ha sido una vergüenza.

— Lances son de la guerra—contestaba Mario—; traemos hombres que nunca han estado en un combate, nada tiene de extraño que se dispersaran al recibir ese fuego tremendo de la artillería.

— De todos modos, nos hemos vindicado frente al enemigo, y ahora es preciso pedir la vanguardia.

— Están listos todos los oficiales.

— El honor manda morir.

— Moriremos, si es preciso.

Acercóse un indito a Manuel y le presentó una carta.

— ¡Demonio!—exclamó el estudiante—Estas mujeres no tienen remedio; sí, esta carta es de mujer y para ti, Mario.

El joven casi la arrebató de manos de su amigo, y dijo saltando de alegría:

— ¡Es de Carolina!

— ¡Y qué diablos te dice Carolina? Yo estoy desesperado: me fuí a despedir de Eva; los balcones estaban cerrados, esperé toda la noche por ver si salía a hablarme, como me tenía ofrecido, y nada, silencio y más silencio.

Me acerqué al zaguán, y pregunté al portero:

— Señor oficial—me dijo—, la familia ha salido en coche.

— ¿Y no sabes a dónde?

— No; pero me sospecho que no ha sido a nada bueno; la señorita Eva lloraba mucho, la señora casi en peso la subió al coche.

— ¡Malditas sean esas gentes!

— La señorita, como que me quería decir algo, pero imposible; partió el coche, y después regresó sólo con la señora; se encerró con el señor, y dice la criada que hubo una gran disputa, que el señor estaba furioso, y nada más.

Como salimos al amanecer, ya no pude indagar más, y estoy desesperado.

Veamos la carta.

Mario la abrió, y abriendo la boca espantado, le dijo a Manuel:

—¡Mira, mira lo que dice aquí!

Manuel leyó:

«Anoche he tenido la más grande de las sorpresas, ya a una hora avanzada llamaron a mi celda, abrí, ¿y qué crees que vi?... ¡A mi hermana Eval!»

—¡Viva la patria!—gritó Manuel—Somos felices, allí están las dos y allí nos esperan; no sabe la señora Pantoja el gran favor que nos ha hecho.

—¿Sabes—dijo Mario—que esta carta es inoportuna?

—¿Por qué?—preguntó Manuel.

—Porque me siento cobarde delante del fuego; temo por la existencia. ¿Cómo prescindir de todas mis esperanzas? ¿Cómo decirle adiós a la vida, cuando mi corazón me grita: «¡Vive, vive para ella!»?

—¡Pues desértate!—dijo Manuel fríamente.

Mario vió con espanto a Manuel.

—Perdona, amigo mío—exclamó el estudiante—; pero el amor de esa mujer me turba y me enloquece.

—Al fin vas a ser rico—dijo Manuel—; tu tía, la monja, te dejará heredero; no tienes por qué exponer la existencia; eso queda para nosotros, los soñadores, los que creemos en la emancipación de los pueblos, en la libertad, ilusiones todas que van atravesando los siglos sin conseguirlo; no obstante, la humanidad camina en un tránsito doloroso; mira ese campo de batalla, mira nuestras armas, ensangrentadas, vuelve la vista a esos montones de cadáveres insepultos; todo eso quiere decir: ¡lucha, sacrificio y abnegación!... ¿Y todo por qué? Porque los ideales del espíritu humano van buscando sus horizontes; porque las generaciones van al progreso, y los pueblos a su destino.

Mario, con la frente inclinada, guardaba silencio.

Manuel proseguía:

—¡Qué vale esa vida tristemente tranquila del hogar, viendo a la esposa coser a la luz de la llama, y al niño durmiendo en la cuna, mientras allá fuera brama el huracán del despotismo y de la tiranía, el sonrojo de los hombres, la vergüenza de la dignidad humana!... ¡Es necesario pelear con brío, luchar por la idea y sucumbir con valor, desafiando las tempestades.

—Perdona, Manuel; tú engendras en mi alma la fe; lucharemos juntos, siempre juntos.

—Así te quiero, Mario. ¡Bien, muy bien!

Sonó el tercer toque, y la división se puso en marcha, rumbo al campo de Puebla.

IX

El general Comonfort hizo un movimiento estratégico de gran interés.

Ordenó que una división atacase el cerro de San Juan.

Los rifleros pidieron la vanguardia y comenzó el asalto.

El cerro presentaba grandes dificultades: el edificio que está en la cumbre estaba fortificado y con buena dotación de artillería.

Ascendían las columnas lentamente, sufriendo el fuego.

Pusieron a tiro de fusil y entonces se empeñó el combate.

Los reaccionarios saltaron las trincheras y fueron a encontrar al enemigo, y la refriega se hizo terrible.

Más de una hora había durado el ascenso; las columnas de ataque tocaban ya la cumbre del cerro.

Oyóse un repique en la ciudad y simultáneamente el toque de retirada de los asaltantes.

Si había sido difícil avanzar, era más difícil retroceder.

La reacción había recibido un refuerzo de mil hombres, y en la retirada, las columnas serían acribilladas.

Dejando palmo a palmo el terreno, las tropas liberales se retiraron.

Había sido un falso ataque para tener al enemigo en el cerro, mientras que el general Comonfort ocupaba el perímetro de Puebla y los cerros de Loreto y Guadalupe.

Los reaccionarios abandonaron el cerro de San Juan, se encerraron en la ciudad y comenzó el sitio.

X

La división del Sur se había incorporado al ejército.

«Juan Gallinazo» se presentó a sus amigos, que cubrían las posiciones de Loreto y Guadalupe.

—¡Condenado de Satanás!—gritó Manuel, recibiendo en sus brazos a su amigo—¿Qué diablos te has hecho? Ya tenemos cuidado por ti.

—Si a mí me cuida el diablo, estima en mucho mi pellejo.

—Ya habíamos mandado a buscarte—dijo Mario—; te nos habías perdido, seguramente te escondiste a la hora de la refriega.

—No había dónde—observó Juan—; vivo por milagro, me han hecho una jugada que no la olvidaré nunca.

—¿Qué te ha pasado?

—Defendíamos el rancho de Posadas, y viendo que el enemigo no parecía, fuimos en su busca.

—¿Y lo encontraron?

—¡Cuerno del diablo! Luego que nos vieron fuera de nuestro centro de operaciones, nos cargó la caballería, a quien recibimos a la bayoneta.

—¡Bravo, Juan!

— Nos venían arrollando, porque su número era muy superior al nuestro.

Ya estábamos enredados, cuando nuestra misma artillería hizo fuego sobre todos, pero con tal furia, que la caballería o lo que quedaba de ella, se retiró a las voladas; ¡diablo!, morir por nuestras propias armas; pero la posición peligrosa y fué preciso

— ¡Caracoles!—exclamó Manuel—El lance fué serio.

—Y tan serio, que hemos librado por milagro, es decir, los que libramos, que muchos de los compañeros allí se atirantaron.

—Alma de Lucifer, está visto que no has de morir nunca.

—Por supuesto; eso ya lo tengo sabido.

—Mañana atacamos las trincheras.

—Yo estoy en las horadaciones y vamos caminando para adentro; pero tengo que contarles un encuentro.

—Nosotros también tenemos novedades.

—Pues han de saber que con toda cautela, hicimos una horadación, y ¡zas!, me entré en una recámara donde dormían una vieja y una muchacha que se cubrió la cara cuando nos vió.

— ¡Ladrones!... ¡Ladrones!—gritaba la vieja.

—No grite usted, señora; somos nosotros.

— ¿Y quiénes son ustedes?

— Los mismos, los que venimos a tomar la ciudad.

— ¡Dios mío! Los herejes.

— Pero herejes mansos.

— No me toquen ustedes, no se atrevan, porque yo soy una niña.

— Me alegro, pero nadie piensa en atentados; yo las cuidaré a ustedes.

— Eso que está ahí acostado, no es un hombre, es una señorita que tengo a mi cargo; ha venido de México a tomar temperamento; espero que usted la respetará.

— Por respetada, y más si tiene la respetable edad de usted.

— No, es algo más joven, pero guarda el mismo estado.

— Levántese usted, señorita—dijo la vieja—, y vámonos.

— Descubrióse la tapada, ¿y quién creen ustedes que era?

— No atinamos.

— Pues era nada menos que mi estanquillera, Isabel, mi amor de barrio.

Se levanto Isabel y me tendió los brazos.

— ¿Se conocen ustedes?—preguntó la vieja azorada.

— ¡Cómo no nos hemos de conocer, si es mi hermano!

— ¡Malditas mujeres!—gritó Manuel.

— Yo me quedé frío. Isabel me daba una lección.

— Entonces, señor general—me dijo la vieja—, usted será nuestro protector.

— Por supuesto; aquí tiene usted dinero y cuanto necesite, para que mi hermanita esté con toda comodidad.

Por supuesto que nos preguntamos por mamá, que se había quedado en México, y nos enternecimos con el recuerdo de papá y hablamos de las ventas del estanquillo y del estanco del tabaco.

La vieja e Isabel se entraron al centro de Puebla, pero yo ya quedé instalado en la casa; al volver a la capital, me la llevo y no la vuelven a ver ni la vieja, ni la mamá, ni el estanquillo.

— Bien hecho—dijo Manuel—; serías un tonto; allá tienes casa, es decir, la tuya de San Jerónimo.

— El nido abandonado, pero ya lo ocuparemos; las cosas van a su oficio; la establecimos para Isabel y ella la va a ocupar.

— Por supuesto; las nuestras están en el convento, ya dieron con Eva en el claustro, ya están las gemelas en el vientre del claustro.

— ¡Magnífico! Y ese demonio de...

— No sigas; se ha quedado de guarnición en México, pero también le han soplado a la novia.

La han de tener en algún escondite; ¡qué guerra nos hacen a los herejes!

— Pero los herejes les dan mucho que hacer, sobre todo a las ancianas.

— ¡Malditas viejas, qué traviesas son!

— Pero nosotros sabemos más.

— Manuel, ya vi en la orden del día que te ascienden a comandante.

— A la orden, pero eso vale bien poco, ahora empezamos.

— A mí ya me hizo general la vieja de las horadaciones.

— Me marchó—dijo «Juan Gallinazo»—. Ahora, hasta darnos un abrazo dentro de la plaza.

— Allí nos veremos—dijo Manuel.

El clarín tocó marcha.

— ¡Demonio!—exclamó «Juan Gallinazo»— ¡El Presidente!

El general Comonfort iba a visitar los cerros.

Los estudiantes se separaron.

XI

El sitio se estrechaba todos los días y los combates se empeñaban a todas horas.

El ataque y la defensa eran desesperados.

El general Comonfort, que se inclinaba siempre al principio religioso, mandó suspender el fuego en Jueves y Viernes Santo; matar en Sábado de Gloria, eso era otra cosa.

Los pertrechos faltaban en la plaza y más aún las esperanzas de un éxito.

Sucedió lo que acontece en esos casos: los cabecillas se escondieron y un jefe propuso la capitulación.